

La Semana Sportiva de Mayo de 1914. Deporte y modernización en la Córdoba del Centenario

Autor: Franco Damián Reyna (Centro de Estudios Históricos “Carlos Segreti”, FFiH, Conicet).

Introducción

Las celebraciones por el Centenario de la Nación entre 1910 y 1916, organizadas mayormente por los sectores dirigentes del país y destinadas al disfrute del grueso de la población, incluyeron la realización de diferentes tipos de manifestaciones festivas fuertemente asociadas al interés por construir una imagen identitaria nacional. En efecto, el escenario argentino se abría camino ante un cuadro de gran inestabilidad y fuertes tensiones signadas por la crisis política y social que lo afectaba hacia finales del siglo XIX y principios del siguiente, en la que la inmigración étnica se constituía como una de sus expresiones más llamativas. Su eclosión enfatizó la necesidad de la dirigencia por generar mecanismos de cohesión social, no sólo rememorando la gesta de los patriotas de la independencia o afianzando el sentido de pertenencia a la nación, sino también trazando el sendero del orden y el progreso a seguir o exhibiendo sus logros ya alcanzados.

En este marco, el trabajo efectúa un breve análisis preliminar sobre las fiestas conmemorativas del Centenario en Córdoba, reconstruidas a partir del repertorio de actividades movilizadas para la ocasión desde una práctica relativamente novedosa, la deportiva, que emergía en esos años con una marcada potencialidad como fenómeno sociocultural altamente convocante.

Con la incorporación del deporte como recurso conmemorativo, las evocaciones del centenario adquirieron una nueva dimensión, vinculada a una de las flamantes esferas de acción de la realidad contemporánea. Penetrar en el entramado de significados de esas evocaciones es uno de los objetivos primordiales de esta investigación.

El evento en referencia es la celebración en Córdoba entre el 23 y el 28 de mayo de 1914 de la Semana Sportiva de Mayo, que consistió en una serie de festejos deportivos y sociales de carácter nacional organizados por la Sociedad Sportiva Argentina a modo de conmemoración del aniversario de la patria. Se trató de un acontecimiento

significativo de la vida deportiva local, proyectable, a su vez, como foco revelador del funcionamiento de la totalidad social de la que formaba parte.

Al respecto, a través del abordaje de esta cuestión se busca dar cuenta de los fundamentos históricos en los que se asentó la difusión de la práctica deportiva y las estructuras que fue consolidando, las transformaciones que supuso en la configuración y proyección del espacio social, las formas y posibilidades de participación que vislumbró, la emergencia de un incipiente mercado de entretenimiento que implicó y la actuación que los poderes públicos dejaron entrever. En ningún momento el análisis perderá de vista su aspiración por desentrañar los escenarios y condiciones que hicieron posible la incorporación de esta práctica en el proyecto de construcción de una ciudad moderna.

De esta manera, la aprehensión de dichas expresiones deportivas y de su relevancia para la conformación de la vida social urbana cordobesa en la época, constituye un aspecto significativo de análisis que permite vislumbrar nuevas miradas de lo social. Con la investigación de esta temática prácticamente inédita, se procura edificar un conocimiento un poco más profundo y complejo sobre las múltiples dimensiones del proceso de modernización local.

Aspectos historiográficos y metodológicos

El estudio del deporte como práctica social está empezando a transitarse en la historiografía, aunque periféricamente. Adquiere relevancia por tratarse de un fenómeno que, plural en sentido histórico, logró insertarse en la cotidianidad de los individuos, forjando en éstos hábitos, sentimientos, valores y lazos de pertenencias que configuraron su diario vivir y su propia cultura. Su aprehensión en tanto espacio de ocio, entretenimiento, sociabilidad y de construcción de identidades en las sociedades modernas es una veta que recién está emergiendo.

En efecto, dentro de la historiografía nacional se revela una relativa ausencia de trabajos que ofrezcan un panorama de lo que históricamente sucedió para convertir a la práctica deportiva en un fenómeno social de gran magnitud. Existen investigaciones sobre la temática nacidas desde el ámbito de las ciencias sociales, principalmente desde la sociología, la antropología y la psicología social, que se aproximan más directamente al modo en que es percibida y vivenciada en las diferentes realidades latinoamericanas. Los estudios de este tipo se han interesado en comprender cómo este espectáculo

colectivo o ritual comunitario de gran intensidad dramática y ampliamente mediatizado en las sociedades modernas, actúa en tanto arena pública en los procesos de formación de identidades socioculturales y de elaboración de imaginarios sociales de tipo nacional, genérico, generacional, clasista, etc. La preocupación se centra en el abordaje de los problemas relativos a la integración y el cambio social, prestando atención a sus dimensiones simbólicas, emocionales y morales.

En la historiografía social cordobesa también se ha prescindido del ámbito deportivo de la búsqueda por desentrañar cómo el hombre común vivió el proceso de modernización de la ciudad y las transformaciones que experimentó en su vida cotidiana. Sólo se han realizado unas pocas indagaciones de carácter periodístico sobre la difusión del deporte en Córdoba y publicaciones conmemorativas de los clubes, condenadas, en muchos casos, a meras anécdotas de una trascendencia demasiado localizada. Escasean, entonces, aquellas que inserten la problemática, sus dimensiones experienciales y subjetivas, en una visión más global, algo que desde aquí se pretende construir.

En este marco, la reflexión propuesta busca articular la cuestión mencionada desde una perspectiva histórica y abordándola en su función conmemorativa y significativa, poniendo además cierto énfasis en algunas de las premisas metodológicas fundamentales que orientan al trabajo.

Al respecto, el trabajo se acerca a aquellas tendencias historiográficas que procuran revalorizar el poder heurístico de lo particular dentro de marcos explicativos globales. Ello implica un cambio en la escala de observación del investigador, que toma un episodio limitado en el tiempo y el espacio para intentar captar y comprender las motivaciones culturales de larga duración que permiten explicarlo en sus lógicas y significados y reconstruir las maneras en que se ligaban relaciones y formas de acción entre los sujetos.¹

Para la reconstrucción del problema abordado se consultó, en esta primera instancia de exploración, el acervo documental existente en las instituciones o federaciones responsables de la organización de la Semana de Mayo. Los escasos y dispersos registros que se pudieron hallar en estos centros o en manos de individuos ligados directamente a ellos, revelan una otrora ausente política de conservación de su legado, lo que privó a esta investigación de testimonios primarios de gran valor.

Ante esta carencia y fragmentación, resultó imprescindible la revisión de periódicos locales, principalmente *La Voz del Interior* y *Los Principios*, dos de los de mayor tirada

en la época. Su cobertura de los festejos fue amplia, con un servicio informativo especial que siguió casi diariamente sus principales incidencias.

Por entonces, la prensa se fue conformando en el ámbito como un actor con capacidad de agencia propia, ya que no sólo reflejaba en sus páginas lo sucedido, sino que también contribuía a la organización de los espectáculos y se constituía en unos de los canales de difusión más importantes que tuvieron. A partir de ello, creaba un campo informativo para provecho suyo, brindando un espacio preciso de contención a sus crónicas y poniendo el tema en conocimiento y debate de la opinión pública.

Desde su esfera de acción fue preparando la sensibilidad colectiva para esta nueva práctica a partir de una forma de concebirla que intentó propagar en todos aquellos que la practicaban. En este sentido, las publicaciones fueron portadoras de un discurso construido alrededor de la urgencia de un proyecto civilizador que, a su entender, la ciudad ameritaba. Los juegos atléticos ingleses se inscribían en ese proyecto y la prensa se erigió en uno de sus impulsores principales.

Todo este material documental se complementó, a su vez, con datos extraídos de los archivos gubernamentales, donde se deslizaron algunas articulaciones plasmadas entre el ámbito público y privado para la organización de estas jornadas.

En general, las fuentes trabajadas exhibieron ciertos niveles de uniformidad en el tratamiento de esta realidad, ya que representaban sólo la voz de la burguesía mercantil, de la elite dirigente local. El “otro”, innostrado, aparecía igualmente en la palabra adversativa, en su negación y descrédito, manifestándose allí el conflicto.² Desde los resquicios que dejaron se pudieron construir algunas inferencias acerca de las experiencias de los demás sectores en la práctica deportiva.

La inserción del deporte en el espacio urbano cordobés

La práctica de los deportes germinó de la mano del personal jerárquico y los empleados ingleses del ferrocarril que arribaron a principios de la década de 1870 para el tendido, mantenimiento, coordinación y funcionamiento de las líneas ferroviarias. Estos, junto con otros contingentes menos numerosos de ingleses que trabajaban en actividades políticas, comerciales y educativas y en el tendido de las líneas telegráficas, se reunían para practicar esos ejercicios que habían traído desde su patria de origen en los terrenos aledaños a las estaciones de ferrocarriles.

Fruto del interés mostrado, una gran mayoría de británicos decidió fundar un club para el ejercicio de variados deportes: críquet, gimnasia, esgrima, atletismo, tenis y fútbol. Así nació el Córdoba Athletic Club, la entidad decana del deporte cordobés. Allí los ingleses jugaban en sus ratos libres o en los días festivos, ante la mirada de chicos y jóvenes de los alrededores.

Con anterioridad, algunos miembros de la colectividad española habían introducido en las actividades de ocio cordobesas el juego de frontón de pelota -un juego de raigambres vascas, que tenía sus canchas en los pueblos General Paz y San Vicente-. De la mano de los ingleses se habían difundido, también, las carreras de caballo: para 1876 se levantó el hipódromo en Altos de General Paz, que pasó a concentrar todas las carreras hípicas de la ciudad hasta la edificación del Hipódromo Nacional en Altos de San Vicente; ambos estimularon la creación, por parte de las familias aristocráticas de la ciudad, del Jockey Club Córdoba en 1887 y del Club Hípico en 1911, precursor del actual Jockey Club, instalado en 1912. Años después, empezaron a desarrollarse el hockey, el golf, la natación, el automovilismo, el polo, el tiro, el remo y las regatas en los lagos del Parque Sarmiento o el ciclismo. En cuanto a esta última especialidad, las primeras carreras se corrieron en el parque Las Heras. Según se cuenta en *La Voz del Interior*, "...floreció este ejercicio del 96 al 94. Quien pudo pagarse una bicicleta, se hizo aficionado al ciclismo. En 1908 y 1909 la bicicleta repunta, no por sport, sino que por su practicidad, economía y velocidad se hace el vehículo obligado de empleados y obreros."³

También empezaron a desplegarse en estos círculos el fútbol y el boxeo. Al respecto, numerosos partidos de fútbol que en un principio se armaban entre grupos de muchachos sobre la vera de los rieles, la calle o los baldíos disponibles, pronto se formalizaron en competencias regulares que enfrentaban a equipos organizados en clubes y sobre terrenos con las condiciones adecuadas y con reglamentos previstos de antemano, bajo la supervisión de un ente regulador federativo. Por otro lado, en estos años tuvieron lugar las primeras reuniones de boxeo en el Café del Plata; asimismo, las peleas en el exterior que adquirieron resonancia mundial eran seguidas por multitudes que aguardaban noticias telegráficas en las puertas de los grandes periódicos, que en sus páginas destinaban amplios espacios informativos a este tipo de sucesos.

En sus inicios, las prácticas deportivas fueron diversiones de la elite y la mayoría lo siguió siendo por mucho tiempo, restringidas a esferas más cerradas y exclusivas. Sólo el fútbol y el boxeo, entre unos pocos, interesaron rápidamente al resto de la población y

estuvieron al alcance de sus posibilidades. Su mayor potencialidad difusora encuentra fundamento, a grandes rasgos, en la facilidad de sus aprendizajes y los costos e insumos relativamente ínfimos que sus prácticas requerían en los dominios informales; pero, principalmente, y ello más visible en el fútbol, porque desde un principio contaban con una organización y marcos reguladores más bien laxos que no restringían la posibilidad de participación en nuevos clubes y competencias.

Muchos y variados clubes se crearon en la ciudad para llevar adelante la práctica de todos los deportes. De este modo, parafraseando a González Bernaldo de Quirós,⁴ en la Córdoba de principios de siglo XX, formas modernas de recreación, que perfilaban una tendencia a la organización colectiva de estas actividades a través de asociaciones con funciones cada vez más específicas, se fueron imponiendo paulatinamente a formas tradicionales de esparcimiento, muchas de ellas construidas de manera informal y espontánea principalmente en torno a lazos de parentesco.⁵ Así, la práctica deportiva fue configurando un nuevo modelo asociativo a través de los clubes, en donde se reproducían formas variadas de sociabilidad.

La Semana Sportiva de Mayo

En este contexto, la realización de la Semana Sportiva de Mayo en esta ciudad sirvió, en parte, como una estrategia, de notables dimensiones para la época, para sacudir las pasivas estructuras del deporte del interior y dar un empuje mayor a la incorporación de estas expresiones deportivas al proceso de construcción de una ciudad moderna.

Ideada en 1914 por la Sociedad Sportiva Argentina con el objetivo de festejar el ciclo de aniversarios por el centenario de la patria, la Semana de Mayo fue un evento, novedoso en los de su tipo en el país, que tenía como objetivos, a juzgar por sus organizadores, “exteriorizar el progreso del país en lo tocante a los deportes y servir al mayor desarrollo y propaganda del sport en sus más nobles manifestaciones.”⁶ La asociación del deporte a los homenajes patrios oficiales había tenido lugar por primera vez en 1907, con la evocación del 9 de julio, la que había contribuido al proceso de legitimación social esta nueva práctica.

La Sociedad Sportiva Argentina era una entidad que había sido fundada en Buenos Aires en 1899 a partir de la iniciativa de sectores de la elite porteña aficionados al deporte. En sus inicios estuvo destinada al hipismo, pero al poco tiempo amplió a sus

esferas de influencias el fomento de los deportes europeos, pruebas no convencionales y otras actividades novedosas como la aviación y la formación de batallones escolares.⁷ Hacia principios de siglo XX, etapa de institucionalización oficial de la educación física, esta sociedad fue la encargada del desarrollo de la misma en el ámbito de toda la república, a la que le impuso una fuerte impronta autoritaria ligada al orden y la disciplina militar y la reivindicación de un sentimiento patriota.⁸

A su cuenta corrió la organización de los festejos patrios por el centenario del país, que tuvieron comienzo con las celebraciones del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910 y se cerraron con las del Centenario de la Independencia en 1916.⁹ Casi a mitad de camino, tuvo lugar la Semana Sportiva de Mayo en 1914.

La elección de Córdoba como sede respondió no sólo a la capacidad de su infraestructura para hospedar una competencia de tales dimensiones, sino también al carácter nacional que se le quería imprimir a la Semana, para lo que la situación céntrica de la misma favorecía la vialidad y los traslados. Como receptora, promotora y movilizadora de prácticas y experiencias de este tipo, Córdoba buscaba alzarse con preeminencia en el país como eje articulador en los planos político, económico, social y cultural.

A instancias de su presidente, el barón Antonio De Marchi, dicha institución formó varias comisiones locales entre numerosos jóvenes “*de nuestra más distinguida sociedad*”,¹⁰ para cambiar ideas sobre los pormenores de la celebración y otras de damas y señoritas encargadas de auspiciar socialmente los festejos. Asimismo, se concertaron reuniones con miembros de la prensa para analizar la cobertura a ofrecer y con autoridades militares y gubernamentales provinciales y municipales a fin de solicitar su concurso. Los nombres que integraban las comisiones pertenecían a instituciones sociales y deportivas del medio local y contaban con una amplia trayectoria en el ámbito. Los organizadores coordinaron los pormenores de cada prueba con los clubes y las federaciones que ya existían reglamentando las diferentes prácticas en la ciudad. Así, se multiplicaron de articulaciones entre todos los involucrados en las jornadas en forma de comunicaciones y correspondencias entre los responsables de cada área, debates vía prensa, recepciones, agasajos y despedidas de las delegaciones visitantes o encuentros informales en la calle, bares, cafés, etc.

El programa confeccionado incluía carreras de autos, motos y bicicletas y de carros romanos,¹¹ pruebas hípcas, doma de potros, concurso de espada de combate, pistola de duelo, saltos en alto y largo, maratón, asaltos de box, golf (en Ascochinga), tennis (en

Alta Gracia), cricket, partido de fútbol entre combinados locales de Buenos Aires y Córdoba, vuelos de aeroplanos, desfile y ejercicios de batallones escolares de Buenos Aires y Rosario, canto a la bandera, café concert, retretas, banquetes a autoridades y a *sportsmen* y fuegos artificiales.

En cuanto a las pruebas de ejercicios físicos que ofrecía el programa, éstas combinaban mayoritariamente contenidos de una educación militarizada con algunas prácticas atléticas inglesas, embanderados todos bajo el impulso modernizador y la anuencia hacia un proyecto sustentado en la idea del orden y el progreso de la ciudad.

Los batallones escolares eran la expresión principal de dicha tendencia militarizada en la educación física. Creados en 1908 en cada una de las provincias, estaban integrados por chicos de 8 a 15-16 años de edad y eran organizados y dirigidos por personal militar. Entre sus funciones estaba la instrucción física y el desarrollo motriz del niño, su preparación para servir a la patria y la inculcación de un sentido de amor y respeto a las instituciones nacionales y las leyes fundamentales del estado.¹² Se los disciplinaba, así, en el acatamiento al ordenamiento jerárquico y el perfeccionamiento de los cuerpos.

Por otro lado, la práctica deportiva, cuya introducción en el espacio ciudadano, como ya se dijo, databa del último cuarto del siglo XIX, se hallaba en un proceso de transición entre sus inicios más exclusivos y aristocráticos y un presente en el que varias de sus expresiones tomaban un matiz mucho más popular. El fútbol iba a la vanguardia al respecto: en los grandes actos sociales y deportivos su concurso era casi una materia obligada debido a que atraía por sí mismo una convocatoria bastante numerosa, lo que servía también para cautivar la atención hacia el resto de las actividades ofrecidas.

La incipiente mercantilización de la puesta en escena deportiva

La Semana de Mayo concentró a los más importantes deportistas del país, a numerosas familias de la alta sociedad de Buenos Aires, Rosario y Tucumán que se desplazaron a la ciudad en calidad de espectadores y fue presenciado por gran cantidad de personas. Entre los coterráneos se repartieron invitaciones especiales a las autoridades de los poderes gubernamentales provinciales y municipales y otros funcionarios, la Jefatura de Policía y las jerarquías militares, académicos, el obispado, los directores de diarios y algunos clubes sociales. Para su comodidad y de parte del

público general se construyeron 300 palcos y varias tribunas en el Parque Sarmiento, donde se verificarían la mayor cantidad de pruebas.

A través de la participación en las fiestas deportivas, algunos sectores de la elite pudieron exteriorizar también un alto grado de civilización en su desarrollo, al punto de convertirse éstos en destacadas reuniones sociales en las que sacaban a relucir ese carácter “distinguido”, concitando buena parte de la atención del “mundo social” de la ciudad. A ellos asistían personajes notables de la ciudad y numerosas familias de “lo más granado” de la sociedad, incluyendo a miembros de la colectividad británica; a su vez, era considerable la cantidad de damas presentes, todo lo cual hacía más expectable al acto y le daba mayor trascendencia, realzando sus alcances sociales y acrecentando su convocatoria.

Los entendidos en la materia no eran tantos, pero muchos simpatizaban con las expresiones de este género. Principalmente, aprovechaban la ocasión para mostrarse en público. Al respecto, señala Leandro Losada¹³ que esta empresa “civilizadora” fue síntoma también de un círculo social que debió revalidar su condición distinguida dado que los consumos y los gustos, los modales y los comportamientos, importados del viejo continente, fueron los recursos que tenía a disposición a causa de sus carencias genealógicas y ante una sociedad de improntas igualitarias, marcada por profundos cambios estructurales. Aparecer en público era importante ya que la imagen que se buscaba proyectar como grupo distinguido a través de la educación, las costumbres o las aficiones debía ser reconocida de esa manera por el conjunto de la sociedad.¹⁴

En estos ámbitos de desarrollo de la cultura física importaba, entonces, mantener públicamente el recato y las buenas costumbres y la ostentación pasaba por tales exhibiciones. Dentro de tales cánones de comportamiento, cobraba valor su presencia en todos los actos públicos que fuera a ver y en los que pudiera dejarse ver, manteniendo un contacto directo con las expresiones lúdicas y populares de la población. Así, los sectores de la alta sociedad pudieron atribuir significados en relación, por un lado, con la honra social que su desarrollo suponía y, por otro, con la exclusión material y simbólica de otros grupos que la apropiación de estos espacios suponía.

A través de este modo de vivenciar la práctica, quedaba en evidencia su proceso de paulatina transformación en espectáculo comunitario, del que también participaba activamente la población que asistía masivamente a presenciar tales manifestaciones. En este sentido, la concurrencia a las jornadas alcanzó una magnitud tal como ninguna otra de su tipo hasta el momento, siendo ello resultado de su amplia difusión y del carácter

gratuito de muchas competencias. Según estimaciones de la prensa, más de 30 mil personas asistieron el domingo.¹⁵ Sólo durante ese día y el siguiente -el feriado por el 25 de mayo-, la entrada era sin costo; en el resto de los días laborables que duró la celebración, la afluencia se vio presumiblemente disminuida.

Al respecto, el notable incremento de la población, más visible hacia la segunda década del siglo XX -120 mil personas aproximadamente-, y la necesidad de atender a sus demandas había incentivado el crecimiento de la industria y la diversificación de manufacturas y del rubro terciario. Ello promovió el desarrollo de los sectores obreros y medios, fortalecidos con el mayor avance de las profesiones, a partir de su paulatina inserción en la educación universitaria. Con la llegada de nuevas ideas políticas de la mano de los inmigrantes de ultramar a la ciudad, se sentaron las bases de la organización de los obreros en gremios y asociaciones. Las masas trabajadoras, en efecto, comenzaron un proceso de lucha en demanda de reducción de horas de trabajo, descanso dominical y aumento salarial. De manera lenta y progresiva algunas reivindicaciones se fueron alcanzando (por ejemplo, en 1907 se sancionó la ley de descanso dominical), pero en la práctica tardaron en efectivizarse y generalizarse y su cumplimiento fue parcial. De todos modos, como consecuencia de los avances en la materia y de mejoras técnicas que aceleraron y dinamizaron el proceso de producción, se obtuvo una mayor disponibilidad de tiempo libre y un relativo incremento en los ingresos para que estos sectores pudieran entregarse, entre otras cosas, a diversiones y deportes colectivos y asistir a sus manifestaciones más significativas.

La amplia demanda urbana de actividades de ocio se veía reflejada en las numerosas concurrencias que acompañaban a las contiendas deportivas y que consumían sus diferentes alternancias, favorecidas por los espacios de difusión cada vez mayores que le destinaba la prensa. Dentro de las posibilidades infraestructurales de la época, se prepararon escenarios acordes para albergar estas multitudes y facilitar su interacción en el espacio entre todos ellos: todos debían poder presenciar las representaciones ofrecidas y, al mismo tiempo, dejar ver sus expresiones y reacciones al resto, en una puesta en escena que adquirió grandes relieves para todos sus intervinientes. Sin embargo, este tipo de eventos careció de un calendario regular que lo acogiera más allá de la eventualidad de alguna que otra fecha significativa.

Si bien las jornadas tuvieron en sus días centrales un carácter gratuito para varias de las pruebas como una forma de fomentar su convocatoria, se presentaban ya algunos indicios de cierta lógica comercial en el acumulado de su desarrollo. En el Parque

Sarmiento, por el acceso a las tribunas se cobraba un peso; las ubicaciones preferenciales tuvieron un costo diferencial: los palcos, ocho pesos el día y veinticinco el abono para los cuatro días, y la entrada de los coches, un peso. Asimismo, se licitó el servicio de confitería en el parque, se cobró inscripción en varias pruebas y se establecieron premios a repartir para los ganadores de cada una de ellas.

Los ingresos que provenían de estos rubros y de otras fiestas vinculadas a su desarrollo, más algunos otros que dependían de la posibilidad de beneficiarse con donaciones de particulares o de casas de comercio, aportes de la institución organizadora, subvenciones o cualquier otro medio que le allegara recursos, servían para asegurar la prosperidad y competitividad del torneo y competencias afines. Mientras más gente participara, mayores serían los recursos disponibles para solventar, entre otros, los gastos de transporte, alojamiento y publicidad, los premios y muchos otros desembolsos. La práctica tomaba un sentido más económico y su popularización demostraba ser funcional para el sostenimiento de sus estructuras y de sus grandes puestas escenas.

La actuación de los poderes públicos en la dinámica de construcción de una ciudad moderna

Era menester de la dirigencia nacional propender a la mayor difusión de la práctica deportiva en el país, ya con fuerte arraigo en la capital, promoviendo la realización de una de sus manifestaciones de más vastos alcances en alguna de las ciudades más importantes del interior. Al respecto, con el foco puesto en la preocupación por la disciplina social y los efectos de la inmigración, el fomento a la educación física procuraba la formación integral de los individuos como un medio para contribuir a la integración de la sociedad y a la armonía entre las clases, a la unidad y la identidad nacional.¹⁶

En ese contexto de gran heterogeneidad y conflictividad social, la educación física era vista como un factor de cohesión. Aunque de manera eventual, el Estado impulsó la accesibilidad al limitado ocio cultural deportivo como una forma más para mitigar tensiones. Por su intermedio, se transmitía al público masivo la sensación de pertenecer a una sociedad moderna, eficiente, productiva, a la altura de las potencias europeas y se ubicaba a los *sportsmen* en un lugar trascendental para el enriquecimiento del ser nacional.¹⁷

A su vez, la conmemoración de los grandes aniversarios patrios materializados en espectáculos colectivos cumplía un importante papel en la elaboración de imaginarios sociales de tipo nacional, centrados en el abordaje de los problemas relativos a la integración social, el anhelo de la excelencia de las razas y la productividad laboral.

En efecto, desde finales del siglo XIX, Córdoba se vio inmersa en un proceso de modernización y crecimiento económico como resultado de su inserción al circuito comercial agropecuario pampeano. La llegada de los ferrocarriles y otras inversiones de capital inglés y privado impulsaron la expansión urbana de la ciudad, incorporando nuevas áreas al desarrollo económico y promoviendo la ocupación de nuevas zonas al espacio urbano. Ese proceso se vio dinamizado por el gran aumento de la población, producto de la llegada de contingentes de inmigrantes internos y externos y de su mismo crecimiento vegetativo.

La elite dirigente local, de corte liberal e influida de un espíritu progresista de acuerdo a los signos de la época, se dio a la tarea de consolidar el nuevo orden capitalista que se imponía desde la esfera nacional. Entendía que, para llevar adelante este modelo socioeconómico, había que acondicionar a la fuerza de trabajo e intentar imbuirla de nuevas cualidades como la disciplina y la eficiencia.

El proyecto modernizante que la dirigencia se encargó sobre la base del orden y el progreso de la ciudad, comportó la adopción de determinadas prácticas y valores en la población que se impusieron sobre otras autóctonas. La inclinación por los ejercicios físicos, en boga en Europa y su difusión entre la población fue uno de los mecanismos adoptados con el objetivo de mejorar la condición física, la salud y la conducta de los individuos, amoldándolos a los nuevos tiempos modernos.

Ello mismo lo convertía en una obra patriótica, pues fortalecía a la raza que “...degeneraba en el aniquilador trabajo de los talleres, fábricas y en el sedentario trabajo de las tiendas y almacenes...”¹⁸ y los proveía de amplias aptitudes para el trabajo manual o mental. En otras palabras,

“...el robusto o sano producirá más, mejor y por mayor tiempo que el débil y mal preparado para la lucha por la vida [...] Hombres sanos, fuertes y ágiles son un elemento precioso para la fábrica, para la agricultura, para la minería, para las artes, para la ciencia y para la protección de generaciones de héroes de guerra y de la paz...”¹⁹

De esta manera, la práctica del deporte aprestaba a los individuos para contribuir con el consecuente incremento de su productividad al progreso de la patria y para defenderla en caso de que peligrara su integridad. Y en un territorio donde la consolidación del poder estatal era reciente y la diversidad étnica se tornaba en un problema, esta práctica atañía también a los esfuerzos uniformadores de la elite por la construcción y definición del ser nacional. Por tal razón, los pueblos debían realizar el anhelo de la perfección humana y volver a sus habitantes sanos y viriles. Uno de los medios que vislumbraron para lograrlo fue el arraigo de los ejercicios físicos.

En su conjunto, esta misión moralizante, discurso proveniente en gran parte de la prensa, la Iglesia y los entornos oficiales, recaía casi siempre en un mismo destinatario generacional: la juventud, más vulnerable a las conductas “reprimibles” y la fuerza de trabajo necesaria para el progreso económico.

A partir de su activa participación dentro del proyecto civilizador, la práctica deportiva se conformó como un medio de educación física y estética del cuerpo, forjadora de una moral colectiva que pretendía enraizarse como uno de los fundamentos del nuevo orden social deseado.

Desde las esfera pública provincial y municipal, entonces, se comprometieron en el patrocinio oficial de las fiestas, disponiendo el arreglo y la ornamentación de los diferentes escenarios a utilizar y de las principales calles y paseos de la ciudad como la plaza San Martín, las plazoletas frente a las estaciones ferroviarias y las avenidas General Paz, Vélez Sársfield y Argentina hasta el Parque Sarmiento. El jefe de la 4° Región Militar cedió tarimas y otros elementos para los ejercicios de los batallones escolares.

La organización presupuestaba en 50 mil pesos los gastos para la ocasión. Para su sufragio se contaba, como ya se adelantó, con los ingresos que generarían determinadas fiestas vinculadas a este evento, los aportes del tesoro de la Sportiva, las donaciones particulares y las suscripciones entre las casas de comercio, que se beneficiarían con la llegada de muchos foráneos. A fin de conseguir dichos avales, promover los festejos y difundir sus alcances, se instaló una oficina en el Plaza Hotel y se repartieron afiches y folletos por la ciudad.

Asimismo, el Ministerio de Obras Públicas de la Provincia auxilió con 20 mil pesos. En el decreto del Poder Ejecutivo Provincial fundamentando la erogación a efectuar y

comprometiéndose a arreglar y poner a tono la ciudad, quedaba manifiesta la misión publicitaria de los mismos. Al respecto se alegaba:

“...el conocimiento de los lugares y la difusión de sus progresos y adelantos, además de exteriorizar un alto grado de civilización, constituye un modo de propaganda eficaz a la vez que prestigia la bondad de nuestro clima, la riqueza de la tierra y su más agradable perspectiva; que debe constituir un pensamiento dominante y ser materia de actos de gobierno el propender a la mayor extensión de su prosperidad material y su cultura, estimulando los deportes vigorizantes de la salud física y moral, contribuyendo a establecer vinculaciones más estrechas y a despertar interés sobre todo lo que se relaciona con nuestra sociabilidad y riqueza; que cualquier erosión tendría ventajosa compensación con los beneficios resultantes; que por razones de un orden superior los grandes aniversarios deben ser rememorados dignamente, dando lugar a legítimas expresiones colectivas y por fin que es conveniente incorporar a nuestras costumbres, prácticas que han de influir saludablemente en todas las esferas de nuestra actividad y han de tener grata repercusión.”²⁰

En sintonía con ello, la prensa que cubría las fiestas, expresaba:

“La semana de Córdoba, a imitación de las similares que se celebran en Niza, Milán, Saint Maurice, Vichy, etc., llamará la atención del pueblo argentino poco acostumbrado hasta ahora a estas manifestaciones de propaganda colectiva y llamadas a despertar un justo movimiento de orgullo patriótico al darse cuenta de que nosotros también sabemos y podemos organizar, a la par de la nación más adelantada, certámenes interesantes, beneficiosos y más que todo demostrativos de nuestra cultura, de nuestra riqueza y de nuestra naturaleza. Será además un exponente de lo que puede el espíritu colectivo en la propaganda de nuestros productos, pues es su propósito publicar juntamente con el programa, los datos estadísticos que más puedan interesar a los mercados argentinos y extranjeros.”²¹

A través de estas palabras se exteriorizaba claramente el arraigo de la idea de progreso en los sectores dirigentes, que se materializaba, por ejemplo, en la capacidad de organizar espectáculos de esta magnitud y recrear instancias asociativas que

expusieran los adelantos de la ciudad -a semejanza de las grandes metrópolis europeas- y de hacerse conocer como un mercado potable. Asimismo, la proyección modernizadora que contemplaban conectaba la concepción de una ciudad culta y ordenada²² con el crecimiento de la ciudad como artefacto material y cultural. Con el desarrollo urbano de la ciudad y el aumento de la población, la vida social adquirió nuevos matices, nuevas prácticas, plurales en sentidos, se impusieron -la deportiva entre ellas-.

El aparato estatal se movilizaba, entonces, para patrocinar esta práctica todavía no integrada a su estructura, pero que cada día contaba con mayor cantidad de adeptos. Más que lograr la adhesión a un régimen, con estas demostraciones se buscaba generar una imagen de consenso social y un respaldo mediático hacia el proyecto que la dirigencia propiciaba, el cual incorporaba al deporte dentro del mismo como un instrumento civilizador.

Sin embargo, el Estado no se transformó en el exclusivo organizador del tiempo libre de los trabajadores, sino que delegó parte de su espacio de intervención en el deporte a la sociedad civil, recreando un modelo mixto de gestión que se repetía en casi todas las órbitas de la acción social. Más allá de avalar al deporte en sus fines y mantener un discurso de apertura al mismo, los poderes gubernamentales no tuvieron una política regular acorde al sector y confiaron a la iniciativa privada el impulso de dicha empresa, a la que estimularon como una de las instancias fundamentales de su proyecto civilizador.

En este sentido, para los sectores dirigentes el asociacionismo constituía un rasgo civilizador que debía ser alentado y las libertades de reunión y opinión aparecían como pilares fundamentales de las instituciones de la República. En función de ello, los gobiernos en general fomentaban el movimiento asociativo, promovían las celebraciones públicas y decían sostener los derechos civiles,²³ respaldando su idea de una sociedad libre y republicana.

Su actuación en el campo se limitaba casi únicamente, así, a la donación de premios para los ganadores de los diferentes torneos que se realizaban o a otorgar subsidios de manera esporádica para diferentes instituciones deportivas, lo que dependía del grado de influencia del que lo gestionaba y de los alcances del acto que se auspiciaba.

Reflexiones finales

En las crónicas de cierre de los festejos, la prensa posicionaba a Córdoba como centro de irradiación de la cultura física en el país. Hacer tradición esta iniciativa supondría aportar a la juventud un incentivo beneficioso, una escuela para el pueblo, que aprendería a ser fuerte, sano y metódico y un gran prestigio nacional para el terruño.²⁴ A entender de uno de sus corresponsales:

“El concurso ha servido para llamar la atención al pueblo sobre estas manifestaciones atléticas, para iniciar a la juventud a constituirse un agrupaciones deportivas, para llamar la atención por los caminos espléndidos por su cuidado y panoramas hermosos que ofrece, [...], para divertir al pueblo con espectáculos que no conocía. [...] Queda como compensación el juicio de mañana, a sancionarse cuando florezcan los clubes deportivos en Córdoba, al llamado de los incentivos que suponen los festivales que hemos visto.”²⁵

Las apreciaciones de este corresponsal no fueron muy erradas, ya que poco tiempo después, tuvo lugar un proceso progresivo de formación de nuevas entidades consagradas al deporte, principalmente al fútbol. Sin embargo, sería arriesgado y hasta apresurado suponer un correlato directo del torneo en ello porque, a esta altura, los deportes ya contaban con cierto impulso en la ciudad. Además, no todos aquellos clubes que aparecieron adhirieron a los valores ligados a la deportividad inglesa, bajo los cuales los cuadros directivos de la Semana de Mayo promovieron la difusión de los juegos atléticos. Por el contrario, los nuevos sectores que se fueron incorporando a aquellas manifestaciones deportivas que comenzaban a experimentar un proceso de popularización edificaron la práctica de acuerdo a sus propios intereses, necesidades y trayectorias previas y desde perfiles creativos y cambiantes. La profundización en este aspecto es digna de otro análisis que escapa a los objetivos de este trabajo.

Seguramente también, enriquecería este estudio disponer de otro tipo de documentos que puedan dar cuenta de cómo fue la percepción que de esta semana hicieron sus destinatarios y las vivencias que erigieron a su alrededor. Sin embargo, para aquellos sectores que permanecían alejados de la práctica deportiva y desconocían sus alcances, puede decirse que las jornadas tuvieron un innegable valor como medio difusor de la misma, pero no necesariamente de la creencia construida alrededor de los beneficios deparaba. También quizás contribuyó a dotar de mayor organicidad y legitimidad a

aquellas entidades y federaciones locales con las que se articularon las diferentes pruebas del programa.

De una forma u otra, el estudio de la Semana Sportiva de Mayo puede servir a efectos de analizar las estructuras que sostuvieron la difusión de la práctica deportiva en sus épocas iniciales. A través de la celebración de estas grandes manifestaciones deportivas, los sectores dirigentes visualizaron un medio provechoso para movilizar su propaganda progresista, alentando la expansión de una práctica cuyos beneficios se querían imponer y exhibiendo los progresos -aún contradictorios y desiguales- de una ciudad que se regodeaba en las mieles de su naciente modernidad. Así, una identidad colectiva se definía en base a una recuperación arbitraria del pasado y a la construcción de su continuidad en el presente desde una tradición nacionalista, que socializaba al deporte como una de las expresiones del fomento a la cultura física.

A su vez, la difusión de los deportes vino a satisfacer en parte las exigencias económicas primarias de los espectáculos de este tipo y de la actividad en su conjunto; su incipiente mercantilización fue inherente a la ampliación del número de aficionados que pagaban por el consumo de estas grandes puestas en escenas deportivas.

En definitiva, la práctica deportiva fue planteada por sus propulsores como un instrumento más para la formación integral de los individuos en aras del progreso y la civilización de la ciudad y la nación misma. De esta manera, lograba insertarse en el marco del proyecto de construcción de una urbe moderna.

¹ Arlette FARGE y Jacques REVEL, *Lógica de las multitudes. Secuestro infantil en París, 1750*, Rosario, Homo Sapiens, 1998, p. 6-8.

² Pablo VAGLIENTE, *Indicios de Modernidad. Una mirada sociocultural desde el campo periodístico en Córdoba, 1860-1880*, Córdoba, Alción, 2000, pp. XI a XV.

³ La Voz del Interior, 01-04-1914, p. 5.

⁴ Pilar GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, *Civilidad y Política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1861*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2008, pp. 326-327.

⁵ Convivían en la ciudad, en diferentes períodos, numerosas formas de entretenimiento, entre las que se destacaban las corridas de toro, los juegos de cañas, del palo enjabonado, la taba, el billar, los juegos de salón, el ajedrez o los naipes, las riñas de gallos, las bochas, etc. A todas estas diversiones se sumaban las tertulias literarias, los bailes (de lanceros, valsos o varsovianas), los cines y los espectáculos teatrales, las fiestas del carnaval, los corsos, las kermeses o retretas amenizadas por bandas de música, los paseos y demás espectáculos de diferente tipo.

⁶ La Voz del Interior, 01-04-1914, p. 4.

⁷ Natalia FIORI, "Sociedad, Estado y... Educación Física. La constitución (política) de la Educación Física en Argentina a través de sus teorías pedagógicas", en <http://www.efdeportes.com>, *Revista digital*, año 11, núm. 104, Buenos Aires, 2007.

⁸ Ibidem.

⁹ Julio David FRYDENBERG y Roberto DI GIANO, “El fútbol de la Argentina. Aproximaciones desde las ciencias sociales (III). Entrevista a Ángela Aisenstein”, en <http://www.efdeportes.com>, *Revista Digital*, Buenos Aires, año 5, núm. 23, 2000.

¹⁰ *La Voz del Interior*, 01-04-1914, p. 4.

¹¹ Este número evocaba a uno de los más típicos ejercicios de la Roma antigua. En su escenificación subyacía un reconocimiento y reivindicación de sus cultores como herederos de la tradición atlética militar de la antigüedad.

¹² Natalia FIORI, Op. Cit.

¹³ Leandro LOSADA, *La Alta Sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidades, estilos de vida e identidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 151.

¹⁴ Ibidem, p. 217.

¹⁵ *La Voz del Interior*, 27, 05, 1914, p. 4.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ Daniela LIEBSCHER, “La obra nacional dopolavoro fascista y la ns-gemeinschaft KDF. Las relaciones entre las políticas sociales italiana y alemana desde 1925-1939”, en *Historia Social*, Madrid, núm. 52, 2005, p. 143.

¹⁸ *La Voz del Interior*, 14-09-1918, p. 7.

¹⁹ *La Voz del Interior*, 15-02-1917, p. 6.

²⁰ Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba, Compilación de Leyes y Decretos, Decreto del Poder Ejecutivo Provincial N° 1739, Serie A, pp. 121-122.

²¹ *La Voz del Interior*: 14-04-1914, p. 3.

²² Sustentaba esta idea el hecho que la policía informó que a lo largo de estas jornadas no hubo que lamentar hechos delictivos ni contravencionales, ni incidentes ni actos de incultura.

²³ Hilda SÁBATO, “Estado y Sociedad Civil (1860-1920)”, en AUTORES VARIOS, *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776 – 1990*, Buenos Aires, Edilab, 2002, p. 132.

²⁴ *La Voz del Interior*, 29-05-1914, p. 2.

²⁵ *Los Principios*, 28-05-1914, p. 3.